

La selva como espacio de abusos múltiples. Una lectura ecocrítica de dos novelas mexicanas

Grazyna Walczak

Valdosta State University

ghwalczak@valdosta.edu

RESUMEN

La selva americana cobra protagonismo desde los primeros relatos de los descubridores y cronistas del Nuevo Mundo, convirtiéndose en la imaginación europea al Paraíso terrenal. A pesar de que esa imagen persiste hasta el siglo XX, existe en la literatura hispanoamericana una tendencia desmitificadora del estereotipo “edénico” de los espacios selváticos. En Balún Canán (1957) de Rosario Castellanos y en Treinta años (1999) de Carmen Boullosa los lugares descritos otrora como paradisiacos se presentan como áreas de exclusión y confinamiento social y cultural, además de que revelan serios problemas ambientales. Este trabajo propone la lectura de los dos textos desde la perspectiva de la ecocrítica que incluye el análisis de los problemas humanos en conexión con los de la naturaleza. La discusión de los conflictos que revelan las narraciones de las protagonistas de ambas novelas permite valorar las obras de Castellanos y de Boullosa como un testimonio de dilemas sociales que son inseparables de los problemas ambientales puesto que son provocados por el mismo poder.

Palabras clave: ecocrítica, naturaleza, feminismo, indigenismo, selva, México

The jungle as a space of multiple abuse. Ecocritical reading of two Mexican novels

ABSTRACT

The American jungle appears in the literature since the earliest narrations of the discoverers and chroniclers of the so called New World, playing an important role in the European imagination of the earthly Paradise. Although this “heavenly” image persists until the 20th century, there is a demystifying tendency in the contemporary literature that includes the rainforest. In Balún Canán (1957) by Rosario Castellanos and in Leaving Tabasco (1999) by Carmen Boullosa, the spaces described by others as utopian appear as areas of social and cultural exclusion and revealing serious environmental problems. This paper offers a reading of the two novels from the ecocritical perspective, which includes the analysis of the human problems in connection with those of the nature. The discussion of the conflicts revealed by the protagonists of both texts allows valuing the works of Castellanos and Boullosa as a testimony of the social dilemmas that are inseparable from the environmental problems given that both are caused by the same type of power.

Key words: ecocriticism, nature, feminism, jungle, Mexico, indigenismo

Introducción

La literatura latinoamericana del siglo XX se ha convertido en testimonio de las realidades sociales, políticas y culturales, sacando a la luz problemas que no han tenido suficiente atención pública. Las diversas perspectivas de los problemas humanos han desviado la atención de los problemas del entorno – tanto, que algunos investigadores consideran que “cuando se trata de prestar atención a los cambios, conflictos y debates ambientales, la literatura latinoamericana no da la impresión de satisfacer estas expectativas” (Marcone, p.3). Sin embargo, aunque los conflictos ecológicos no sean el punto central de las novelas, la relación ser humano-naturaleza-medio ambiente resulta tan significativa para el desarrollo de algunas historias que merece de una mirada más atenta. Después de todo, a pesar de que la palabra “ecología” no se haya usado con mucha frecuencia aún medio siglo atrás, ésta es importante para todo ser humano como ciudadano porque:

Trata del vínculo ser humano — naturaleza — medio ambiente, dada la importancia de su preservación [...] consecuencias para la vida en nuestro planeta es una de las preocupaciones [...] convirtiéndose esta en un asunto cada vez más discutido, como ciencia interdisciplinar.¹

¹ Roger Dajoz, *Principios de ecología* (2005), citado por Leonor Nora Fabian Branez, en “Literatura hispanoamericana del siglo XX en el contexto de la Amazonia”, p. 1322.

La dependencia entre el bienestar de los humanos y el trato de la naturaleza ha quedado registrada en las obras de muchos escritores, mostrando amplia variedad de paisajes que incluyen tanto el desierto del norte de México, como las montañas de Chile, las pampas argentinas o la selva amazónica, por mencionar solo algunos. Entre los textos más conocidos que retratan esta relación cuentan aquellos que se conocen con el calificativo “de la selva”. Esa denominación suele aplicarse a los cuentos y novelas de los principios del siglo XX, entre ellos los “*cuentos misioneros*” (1914-1924) de Horacio Quiroga (Uruguay, 1878-1937); *La vorágine* (1924), de José Eustasio Rivera (Colombia, 1888-1928); *Canaima* (1935), de Rómulo Gallegos (Venezuela, 1884-1969), y *Los pasos perdidos* (1953), de Alejo Carpentier (Cuba, 1904-1980)). Pero sería difícil compilar la lista completa de las novelas que incluyen la relación ser humano-naturaleza-medio ambiente porque los enfoques son múltiples y siempre existe el peligro de dejar algunas fuera. Catalogar la obra literaria que contiene los diversos aspectos del efecto recíproco entre el entorno y el ser humano no es la pretensión de este trabajo. Conviene, sin embargo, recordar aquí que en la literatura latinoamericana la naturaleza juega un papel mucho más importante de lo que parece a primera vista. Tan solo la imagen de la selva ha sido representada de maneras muy diversas desde el principio de la literatura del Nuevo Mundo.

Comenzando por las utópicas visiones de los descubridores, el espacio selvático se ha

ido transformando del misterioso hábitat de creaturas inofensivas y hospitalarias en el albergue de los aterradores “salvajes” cuyas imágenes fueron propagadas por los colonizadores y misioneros, al entorno idealizado del “buen salvaje”, para finalmente identificarse con el lugar de confinamiento del indio humillado y desamparado, sumido en una situación económica y social deplorable. Según la imagen del indio que se presenta en los textos, la crítica literaria ha catalogado la narrativa dentro de la novela indianista o la indigenista. Por lo general, dejando atrás los textos de la conquista y de la colonia, la narrativa anterior a 1920, que incluye personajes idealizados y alejados, se concibe como romántica y se denomina como indianista, mientras que la posterior, que rechaza la idealización romántico-sentimental del indígena y se incluye dentro del marco estético del realismo/naturalismo se llama indigenista. En las últimas décadas se habla también de la categoría del neo-indigenismo, que abarca un espectro más amplio de la creación literaria. Según el crítico peruano Tomás Escajadillo, esta última fase consiste en aplicar una serie de innovaciones técnicas, tan característica de los escritores del “Boom”, tales como: la utilización de las posibilidades artísticas que ofrece el “realismo mágico” para explorar el universo mítico del indígena; la intensificación del lirismo, por ejemplo mediante el uso de la primera persona en vez de la tercera, habitual en la novela indigenista ortodoxa; la ampliación del tratamiento del tema indígena: la situación de los sectores autóctonos ya no es una

preocupación de signo racial o regional, sino que es parte integral de la creación de una nación; mayor complejidad de los recursos técnicos².

Hay varias narraciones en las que la selva no es necesariamente un espacio que incluye solamente a los indígenas, además no todo el molde narrativo sigue necesariamente la dicotomía de indianista vs. indigenista de enfoque exclusivamente racial. Este ensayo discurre sobre las relaciones de los seres humanos con y a través de la naturaleza en el ejemplo de dos novelas mexicanas escritas hacia los mediados del siglo una y a los finales otra: *Balún Canán* (1957), de Rosario Castellanos y *Treinta años* (1999), de Carmen Boullosa. En los dos textos la selva es un espacio vital que revela los problemas de la convivencia humana en un sentido amplio; parte de esa convivencia constituyen los conflictos ambientales. Dada la conexión, cabe hacer una lectura de ellos que combine las perspectivas de los conflictos humanos y los ecológicos. De acuerdo a la línea de la investigación llamada ecocrítica, cuando se trata de la naturaleza en la literatura, hay que ver más allá del mero análisis de la naturaleza, ya que “it implies a move toward a more biocentric world-view, an extension of ethics, a broadening of humans’ conception of global community to include nonhuman life forms and the physical environment” (Branch et al xiii). Los problemas que se discuten a continuación tienen por tanto

la perspectiva de crítica de los abusos cometidos tanto en contra de los grupos humanos marginados, particularmente los indígenas y las mujeres, como en contra de la naturaleza.

En las dos novelas los problemas son narrados desde la perspectiva de unas niñas que a la vez protagonizan los relatos. En *Balún Canán*, la protagonista tiene apenas siete años; en *Treinta años*, ocho. Ambas niñas son blancas, hijas de familias privilegiadas de las zonas de Chiapas y Tabasco respectivamente. Es interesante notar que tanto en el caso de Castellanos como en el de Boullosa se cree que las narraciones son biográficas, puesto que las dos escritoras provienen de los lugares sobre los que escriben y su trayectoria vital coincide en varios puntos con la de sus narradoras-protagonistas. Este dato es relevante para la argumentación a continuación, aunque sería una exageración afirmar que se trata de verdaderas autobiografías, puesto que sus textos no se ajustan del todo a las características de este género definido por Philippe Lejeune como: “Relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad” (p. 48). De todas maneras, según los criterios de Sidonie Smith y Julia Watson, las dos escrituras pueden calificarse por lo menos como autorreferenciales³. De acuerdo a las investigadoras, muchos escritores adoptan el modo novelesco “para lidiar con sus propios problemas del pasado y con

las complejidades de identidad forjada en el presente”⁴. Ciertamente, Rosario Castellanos declaró en una entrevista que su escritura es una toma de conciencia de lo que ha ocurrido en su vida: “En 1955, y como resultado de una plática con Emilio Carballido, comencé a escribir *Balún Canán*, que estuvo terminada en diez meses. A medida que avanzaba iba cobrando conciencia de cuál había sido la situación en que transcurrió mi infancia, de cuál era la clase a la que hasta entonces había pertenecido...” (Gil Iriarte, p. 148). Aunque no es el propósito del presente trabajo establecer hasta qué punto los textos de Castellanos y de Boullosa sean realmente biográficos, es conveniente notar que la esencia personal inevitablemente impregna las obras de las dos. La perspectiva de las narradoras de sus novelas cobra por tanto lo que se llama una “dimensión oral” que tanto impacto tiene en la literatura testimonial. La perspectiva de niñas inocentes es además un recurso que añade gran peso al testimonio, puesto que elimina las sospechas de parcialidad y aporta verosimilitud a las situaciones creadas. Como afirma Lavou Zoungbo, la voz infantil constituye “una práctica bastante difundida en la práctica de la literatura indigenista: un niño desempeña el papel de mediador entre dos comunidades. Su inocencia infantil, su capacidad onírica, el carácter autobiográficamente real le proporcionan ese estatuto casi incuestionable de narrador y de mediador” (p. 47). También los otros conflictos que revelan los relatos de las niñas tienen un matiz de sinceridad y razonamiento de una mente no

² Para más información sobre el neo-indigenismo consulte *La narrativa indigenista: dos estudios*, de Tomás Escajadillo. Véase la bibliografía.

³ Smith y Watson mencionan 52 tipos de escritura autorreferencial. Véase la bibliografía.

⁴ La traducción es mía. Según la versión original: “in order to mine their own struggles with the past and with the complexities of identities forged in the present” (10)

corrompida. Tal y como ocurría en el viejo cuento donde solo un niño gritó que el rey estaba desnudo, pues era lo que de verdad veía, la preocupación por las tensiones humanas y los problemas ambientales que los secundan expresados en la voz infantil expresan por tanto una voz del simple y sencillo sentido común.

El mundo de la niña de *Balún Canán* es compartido entre los indígenas y los ladinos de una región de Chiapas, en los primeros años de la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-1940)⁵. Se trata de una época posterior a la Revolución Mexicana, en plena construcción de lo que prometía ser una nación democrática. En *Treinta años* el espacio narrativo es un pueblo dentro de la selva de Tabasco, mientras que el espacio temporal comienza con la niña Delmira de ocho años de edad y termina cuando ésta cumple 18, en vísperas de los XIX Juegos Olímpicos de 1968, tristemente famosos por los acontecimientos que los antecedieron: la masacre de los estudiantes en la Plaza de Tlatelolco. Los escenarios de ambas novelas son lugares muy apartados, lejos de la capital y de todo lo que en términos más amplios se podría llamar el centro⁶. Es de notarse que tradicionalmente el discurso literario estaba reservado para la cultura dominante, que constituía precisamente el

⁵ *Ladino* es la palabra que se usa en la zona selvática de México para referirse a las personas de habla castellana, por oposición a los indios que hablan en lengua indígena.

⁶ Según los estudios de la antropología social, la división entre el centro y la provincia es un concepto colonial, que establece que la cultura de provincia es siempre inferior a la de la metrópoli (Mancussi y Faccio 23).

centro. En los textos de Castellanos y de Boullosa, sin embargo, los personajes y su entorno quedan dentro de lo que Michele de Certau define como el margen que es “unsigned, unreadable, and unsymbolized” (xvii). El hecho de enfocar los espacios selváticos y otorgarles el poder narrativo a unas niñas seña de entrada que se trata de un esfuerzo de las autoras por desviar el discurso literario del centro dominante a la periferia silente. En *Balún Canán* ese margen del discurso tradicional queda modificado aún más en el momento en que la niña cede su autoridad narrativa a la de una voz indeterminada que se podría leer como la memoria colectiva de la región.

Según esa voz, la actividad de los hombres blancos que conquistaron la zona causó (y sigue causando) el deterioro de la selva, a la cual ellos perciben únicamente como una oportunidad para la producción y enriquecimiento. Antes de su llegada, ese lugar era sereno y benévolo, y era el espacio para una convivencia armoniosa entre los humanos y los no-humanos. La memoria colectiva aún guarda esas imágenes:

Los que por su primera vez nombraron esta tierra la tuvieron entre su boca como suya. Y era un sabor de mazorca que dobla la caña con su peso. Y era la miel espesa y blanca de la guanábana. Y la pulpa lunar de la anona. Y la aceitosa semilla del zapote. [...] Pero también hálito, niebla madrugadora que deja seña de su paso en el follaje. Y el caliente jadeo de la bestia pacífica y el furtivo aliento del animal dañino.

Y la acompasada respiración de las llanuras por la noche. Pero también signo: el que traza el faisán con su vuelo alto, el que deja el reptil sobre la arena. (p.193)

Ese lugar paradisíaco funcionaba de manera equilibrada gracias al respeto que le profesaban sus habitantes. Su actividad agrícola estaba bajo control para no afectar el equilibrio ecológico, la caza de los animales tenía sus límites y el conocimiento y respeto de los especímenes vivientes eran parte de la cultura de los indígenas que sabían apreciar su hábitat:

Los que por primera vez se establecieron en esta tierra llevaron cuenta de ella como de un tesoro. La extensión del milperío y las otras cosechas. La zona para la persecución del ciervo. La encrucijada donde el tigre salta sobre su presa. La cueva remota donde amenaza el hambre del leoncillo. Y el llano que ayuda la carrera cautelosa de la zorra. Y la playa donde deposita sus huevos el lagarto. Y la espesura donde juegan los monos. Y la espesura donde los muchos pájaros aletean huyendo del más leve rumor. Y la espesura de ojos feroces, de pisada sigilosa, de garra rápida. Y la piedra bajo la que destila su veneno la alimaña. Y el sitio donde sestea la víbora [...]. (Pp.193-4)

Todo cambió cuando los europeos introdujeron su cultura diferente y pusieron en práctica su ambición desmedida de posesión:

Los que vinieron después bautizaron las cosas de otro modo. [...] Los ladinos midieron la tierra y la cercaron. Y pusieron mojones hasta donde les era posible decir: es mío. Y alzaron su casa sobre una colina favorecida de los vientos. Y dejaron la ermita allí, al alcance de sus ojos. Y para el trapiche calcularon una distancia generosa que fue cubriendo, un año añadido al otro año, la expansión del cañaveral [...] Y para que los animales no pudieran aproximarse y el zacatón de los potreros conociera su límite y la hierba no rastrear en sus inmediaciones, los ladinos mandaron tender una alambrada de cuatro hilos. (p.194)

La colonización de la selva incluyó la explotación del trabajo de los indios y su trabajo forzado en la producción:

El trapiche pesó sobre la tierra después de haber pesado sobre el lomo vencido de los indios. [...] Y el trapiche permanecía allí, mudo, quieto como un ídolo, mirando crecer a su alrededor la caña que trituraría entre sus mandíbulos. (p. 195)

También en *Treinta años* los blancos tratan la selva únicamente como un bien de su usufructo, sin ningún respeto a la naturaleza, los valores culturales, o los derechos de las personas que por generaciones vivían y siguen viviendo en la zona. La narradora menciona varios desastres ecológicos provocados por los hombres. Uno de ellos es la lluvia de los pájaros:

Uno tras otro, los pájaros hicieron en el aire amplios giros, y se fueron dejando caer al piso, batiendo o no las alas, como si por sus huesos circulara de súbito un aire denso que no les permitiera volar, un aire acuoso, un aire pesado y terrenal, airoso. [...] Las carreteras estaban infestadas de seres que debieran andar volando, y una cosa era matar con las ruedas a los zanates y los guítíos, y otra muy distinta asesinar al tucán piquiverde, al búho corniblanco, a la inmensa guacamaya escarlata, a las cotorras, al tirano tijereta, a los cabalgadores de lirios, a la lechuza de campanario con su cara blanca en forma de corazón, al hermoso quetzal de larga cola, al águila o al martín pescador. (p.56)

Como es lógico para la perspectiva de una niña, no hay una explicación clara de lo que ocasionó la muerte masiva de los pájaros. La narradora solo se limita a transmitir los rumores:

Se hacían habladurías que en el rancho recientemente comprado por el gobernador se estaba desbrozando la selva. Congruas y excavadoras iban tirando los árboles para abrir espacio a los pastizales. Decían que el camino estaba lleno de camiones cargados de maderas y que el campo iba quedando limpio, como si ahí no hubiera habido nunca árboles. 'Por esto fue que cayeron los pájaros', se decía aquí y allá'. (p. 60)

Con el tiempo, otras calamidades ocurren en el pueblo: hay una lluvia de ranas, un

temblor, un estallido del volcán, un cambio de dirección de las aguas y una nube blanca pasa por el pueblo, acabando con los cafetales alrededor de él y provocando malestar de las personas. Aún teniendo en cuenta el hecho de que el volcán y el temblor eran eventos naturales, se tiene que pensar que detrás de tantos infortunios hay alguna actividad dañina de los humanos que los provoca. Efectivamente, pronto se descubre que en la zona comenzaron a hacerse excavaciones petroleras y se construyó una refinería. No queda duda que estas empresas son las que realmente alteraron el equilibrio natural de la región y contribuyeron a los desastres naturales.

El deterioro de la selva deriva de las mismas actitudes humanas que permiten abusos de unos grupos en contra de otros. En la novela de Castellanos, la niña, cuyo nombre nunca se revela, es hija de la familia Argüeyo, unos terratenientes que viven en Comitán, antiguamente llamado Balún Canán (de allí el título de la novela), en una región habitada principalmente por los indios tzeltzales. Su narración revela un mundo de tensión entre los indios y los blancos, así como entre los hombres y las mujeres. El espacio de los indígenas es principalmente el de la selva; en la ciudad aparecen solamente en calidad de sirvientes. Los blancos ocupan los lugares urbanos, sin embargo sus acciones e intereses afectan los espacios selváticos y a los individuos que allí habitan. Los blancos y los mestizos consideran de menos a los indígenas y no valoran su cultura. Aunque algunos expresan cierto interés en su vida, ya que

escuchan sus leyendas y se admiran ante sus costumbres referentes al casamiento⁷, ese interés “antropológico” no es equiparable con el desprecio general que la mayoría de ellos expresan hacia los indios. El terrateniente, César Argüello, considera que a los indios habría que azotar para que trabajen bien. Cuando se entera de que el gobierno de Lázaro Cárdenas ha promulgado una ley según la cual “los dueños de fincas con más de cinco familias de indios a su servicio, tienen la obligación de proporcionarles medios de enseñanza, estableciendo una escuela y pagando de su peculio a un maestro rural” (Castellanos 45), designa a Ernesto, su hijo bastardo, como maestro, para cumplir con la ley, sin preocuparse realmente por la instrucción que merecen los hijos de sus empleados. El primer problema consiste en que Ernesto no habla la lengua de los tzeltzales. La escena en la que lee un texto de un almanaque en español que ellos no entienden, se ve como una parodia directa de la educación. La burla de la educación funciona como la gota que derrama el vaso de agua y los indios, en contra de los que se han cometido repetidamente abusos y maltratos, se levantan para hacerle daño al patrón. En un estado de efervescencia llegan a perder su tradicional postura de respeto hacia la selva y queman el cultivo de caña para usar el daño al espacio natural como argumento en su la disputa. En el acto de vandalismo todos pierden, aunque las

⁷ Cuando un joven indígena quiere casarse, debe trabajar un año entero para la familia de su prometida; su novia debe hacer lo mismo para la familia de él; a la vez, los jóvenes no deben frecuentarse durante este tiempo que es de prueba para sus intenciones.

pérdidas significan cosas diferentes para los dos grupos: para los terratenientes la quema de la cosecha representa la pérdida material y el primer paso para la pérdida de su poder; los indígenas sienten que su atentado en contra de la naturaleza es un acto inmoral y no saben qué hacer tras lo sucedido. El problema de su falta de decisión deriva de la pérdida de la experiencia de años de no poder decidir nada por sí mismos sino servir y ser dependientes de los blancos:

- Porque la autoridad del blanco movió la mano del indio. Porque el espíritu del blanco sostuvo el trabajo del indio.

Los demás callaron abatiendo los ojos como para no ver la choza que los amparaba. [...] Y cuando el granizo apedrea el techo de paja lo rompe. Porque esto es todo lo que el indio puede hacer cuando la voluntad del blanco no lo respalda (pp.101-102).

Como en *Balún Canán*, los indios de la novela de Boullosa están confinados al servicio del grupo dominante. El espacio narrativo de la protagonista, Delmira, cubre los años 1957 a 1967, más lo correspondiente a los cuentos de su abuela, de modo que abarca unos cien años. A través de los relatos los dos, Delmira y su abuela, se revela que a pesar del transcurrir del tiempo, con todo y una revolución de por medio, las relaciones entre los grupos sociales de la región no han cambiado. Los mundos de los indios y de los blancos no se mezclan. Delmira se va

dando cuenta de las prácticas de su clase al observar las actitudes de su abuela: viuda, orgullosa heredera de una familia de terratenientes, es la persona que ejerce el control de su mundo infantil. Para la pequeña, ella representa el poder más grande, aunque con el tiempo se irá dando cuenta de otras fuerzas que controlan su mundo, aún más opresivas y autoritarias que la abuela. Su actitud hacia los que no son de su grupo es la de un desprecio total. En muchas ocasiones expresa su desprecio hacia los indios, repitiendo sin cansancio que son gentes sin razón, sucios, flojos, que “no sirven para nada” y que hay que azotarlos para que aprendan a trabajar y respetar a la “gente decente”. Desprecia de ellos todo: hasta rechaza a los panes con el azúcar colorado porque son “esas puerqueces de los indios”. Igual que César Argüello, ella considera que los indios son “gente sin razón” (p. 65) y es partidaria de azotarlos para hacerlos trabajar (p. 78). Para ella, es correcto el orden social en el que los indígenas, explotados por los blancos, vivan en lugares apartados a los cuales no hay caminos, donde existen problemas graves de salubridad, no hay escuelas ni comodidades básicas y que sus hijos trabajen de sirvientes desde pequeños, ejerciendo los oficios más duros. Su actitud es compartida por otras “familias decentes”, de modo que en el pueblo existe segregación hasta en la iglesia y en la escuela: la misa y las clases para los indios se llevan a cabo en horarios diferentes.

La abuela también odia y le teme a la selva por los peligros que ésta encierra, tales como las picaduras de los mosquitos, el veneno

de las víboras y de los escorpiones, los ataques de los animales salvajes y el poder del sol, del agua o de la tierra al temblar. Cuando se trata de los abusos y daños a la selva, lo único que le preocupa son las inconveniencias que podrían proporcionar las prácticas de explotación su mundo. Se muestra inmutable ante los problemas causados por la emisión de gases que causaron las excavaciones de la industria petrolera y el único problema que ve en el desastre ecológico es la limpieza de su patio de los cadáveres de cientos de pájaros multicolores porque para ello tiene que contratar unas sirvientas extra. Si critica a los ingleses que vinieron a enriquecerse con la exportación del caucho es solamente porque estos trataron de imponer la fe protestante en la zona, mientras que para ella la única religión debe ser la católica. Los valores culturales de los indígenas la tienen sin cuidado.

El conflicto entre los grupos se agudiza con la explotación del petróleo. Algunos abrigan la esperanza de que el recurso natural contribuya al bienestar de todos: "Era verdad que el petróleo pertenecía al Estado, y que no podía ser propiedad de ninguno. [...] Era la salvación para México" (Boullosa, p. 189). Sin embargo, hasta la cándida Delmira se da cuenta de que el verdadero problema reside en la distribución de las riquezas que genera la industria petrolera y ésta sigue dependiendo de los grupos que están en el poder: "Aunque fuera verdad lo de las riquezas, un motivo poderoso alejaba al tema de los de mi clase. Los que yo acababa de conocer hablaban de

México, y a los míos México les tenía muy sin cuidado". La joven se va dando cuenta que aunque la llegada de la industria genera trabajo, pero éste viene acompañado de la explotación y tras ella, la lucha de clases: "[...] El hijo del pelón de la Fuente, [...] hablaba del Sindicato de Petróleos y Socialismo. Ahí mismo me enteré de que su papá había ido varias veces a Cuba y supe entonces qué demontres pasaba en Cuba, porque nunca había ni siquiera oído de la Revolución" (pp. 189-190). También le va quedando claro que a los de su clase también les tiene sin cuidado el hecho de que para la nueva fuente de riquezas para los privilegiados "se estaban limpiando largas porciones de la selva" (189) y que las excavaciones petroleras envenenaban el medioambiente.

Pero si los problemas de explotación de unos por parte de otros parecen insuperables, los de género no se quedan atrás. En *Balún Canán* las mujeres casadas Zoraida, de la clase social y grupo étnico dominantes, y Juana, de la clase social y grupo étnico dominados, tienen algo en común: su posición subalterna al respecto de sus maridos. Ninguna de ellas siquiera piensa cuestionar esta relación. Ambas asumen su papel de esposas como una especie de fatalidad: su abandono por parte del supuesto compañero de vida les parece natural en esta sociedad. Sin embargo, ambas comienzan a sentir su situación cuando se suman otros problemas: para Juana, su desgracia consiste en su infertilidad, para Zoraida, en la pérdida de su hijo varón. Las dos sufren más de la cuenta, puesto que en

la sociedad en que viven su papel es el de ser madres, pero el problema personal les imposibilita cumplir su función. También hay otras mujeres que ante los ojos de esa sociedad son inútiles: las solteras. En *Balún Canán* las hay varias: Amalia, la vecina de los Argüello, que ante la pérdida de esperanzas para casarse se hace bigota; la tía Francisca, que aunque por un tiempo se ocupaba de la finca al quedar viuda, termina loca; la tía Matilde, que tras un incidente de seducción por parte de su sobrino bastardo sufre una crisis nerviosa y huye sin que nadie se entere jamás de su paradero. La rebelión de las mujeres no conduce a ningunos cambios relevantes; solamente las confina a una marginalización aún mayor, ya que el estatus de locas o por lo menos raras, las excluye definitivamente de contar para la sociedad (Rollason, p. 6).

De todas las mujeres de la novela, la única que encuentra el calor humano es la niña y lo encuentra en la relación con su nana. Pero aún esta esperanza se pierde en el momento que su madre despide a la nana. El final no deja muchas esperanzas: la niña se culpa por la muerte de su hermano, sin tener ninguna razón para ello. Ella intuye que el drama de la familia no solamente viene por la muerte de un hijo, sino porque ese hijo era varón y su pérdida significa el final de la estirpe de los dueños de Chactajal (la finca de los Argüello). Siente que ante los ojos de la familia si alguien debía de morir era ella, no su hermano. Por más irrazonable que parezca, el problema de la protagonista consiste en haber nacido mujer.

De manera parecida a la niña Argüello, la protagonista de *Treinta años*, Delmira, se siente abandonada por su familia. Vive al lado de su abuela, su madre, su nana indígena Dulce quien es solamente unos años mayor que ella, sus cocineras y sus sirvientas indias. Su casa se ubica en un pueblo imaginario llamado Agustini, lo cual hace una referencia obvia a la poeta uruguaya, cuya obra evidencia la sexualidad femenina en una época en la que el mundo estaba dominado por el hombre. Esa conexión señala desde la entrada el espíritu de inconformidad de la protagonista con el papel designado por la sociedad. Su madre, soltera, se muestra desinteresada con ella ya que su destino está truncado por la existencia de la niña. Su abuela la desprecia ya que deposita en ella su frustración por tener una hija con la reputación manchada. Delmira solamente se siente querida por su tío Gustavo, a quien idealiza y quien se encuentra lejos: en la Ciudad de México. Entre su nana, Dulce, y ella nunca se establece una relación de cariño como entre la protagonista de *Balún Canán* y Rufina. Dulce es más bien cómplice de la autoritaria abuela y trata de someter a la niña al papel de un objeto que no opina (Chávez Pérez, p. 132). La niña, a pesar de sus privilegios, se siente postergada y hasta le envidia a su nana el limitado poder que ésta adquiere:

[Dulce] había aprendido a batir la masa de los tamales, a secar y moler el cacao para el chocolate, [...] a preparar la pasta de almendras para la horchata [...] y en los últimos años la habían iniciado incluso en el misterio

del fuego, porque la dejaban a cargo de menear la pasta del jamoncillo en la cazuela de cobre y de cuidar las conservas para que no se fueran a pegar o a pasar del punto de hebra". [...] a mí no me entrenaban para maldita cosa. Parecía yo la niña ajena a la casa, y ella la nieta preferida (p.21).

Pero los papeles en esta sociedad están designados y según observa la protagonista ya adulta, "Podría la gente volar, los pájaros venirse al piso, pero no se podía cambiar ni un ápice el orden social: yo seguiría siendo una Ulloa pasara lo que pasara, Dulce sería siempre nana, el meón el meón" (194). Igual que en las relaciones entre las clases sociales, ya que ni siquiera el acto de solidaridad de Delmira con los trabajadores y estudiantes en protesta en contra de las políticas de la burguesía va a cambiar ese *status quo*.

Las mujeres indígenas sufren la marginación doble. Las niñas trabajan de sirvientas desde pequeñas y no tienen protección de la justicia. Ni siquiera algún sentimiento de empatía por parte de las ladinas. La abuela expresa que las considera como un grupo que existe solamente para la comodidad de los blancos: "Además, por mucho que quisiera a la tía Dorita, [Sentmanat] hacía suya a cualquier mujer que se le antojase, como si en Tabasco todas fuéramos indias que uno puede tumbar entre las cañas y los cafetos sin haber consecuencias" (p.92).

El casamiento significa para las jóvenes indias una explotación doble. Una sirvienta

de diecisiete años, que hacía ocasionalmente tareas extras de limpieza en la casa de la protagonista, le cuenta a Delmira que quedó viuda. Para la sorpresa de la niña, la muchacha se muestra feliz con su viudez porque con ella quedó liberada del servicio a un hombre mucho mayor que ella desde que ella tenía catorce años.

La educación de las niñas indígenas, ya obligatoria para estas fechas, ejemplifica su nana, quien "en pocos meses aprendió a trazar en el papel los números, a sumar, a restar, a escribir su nombre y todas las letras, a leer a ritmo deletreante, y con eso se consideraba que sabía más que suficiente" (21). Pero la instrucción de las niñas de clase privilegiada no era buena tampoco. La de Delmira consistía en ir a la escuela de las religiosas de su pueblo, donde se excluía todo lo relacionado con la cultura maya y olmeca aunque fueran las culturas de su mismo territorio, además de otras discriminaciones de la cultura e historia que hacían las monjas:

[...] por las hermanitas jamás oí nombrar ni a olmecas ni a mayas. Supe que Maximiliano había existido, porque lo veían con cierta simpatía. Supe también de Porfirio Díaz y de Iturbide por lo mismo. Pero el nombre de Benito Juárez [...] no había aparecido ni por un momento bajo su tutela, no se habló de él ni de refilón, ni tampoco existía el para ellas dudoso cura Hidalgo, factor de nuestra independencia, ni Morelos ni Guerrero, ni Villa, ni hubo jamás una Revolución Francesa (p.188).

Luego, tendría que ingresar en la secundaria de monjas en la ciudad de Puebla principalmente para encontrar un candidato para marido entre los hijos de terratenientes de la zona que también estudiaban en la ciudad y que las monjas invitaban con este propósito a las múltiples reuniones en su escuela.

Delmira se niega a estudiar en la secundaria de las monjas e ingresa en la escuela pública de su pueblo, donde estudian solamente hombres. En esta escuela trabaja un maestro muy dedicado a su profesión, cuya posición ideológica queda lejos de la deseada por el grupo dominante. Es por este maestro que Delmira empieza a darse cuenta de las realidades del poder que controlan la vida de su región desde fuera. Esta consciencia y más aún, la actividad que la protagonista emprende, resulta insólita para las mujeres de su tiempo y de su clase. Es por ello que Delmira no cuenta con ninguna amiga de su edad.

Los conflictos entre los habitantes de la zona selvaticano parecen tener remedio. En *Balún Canán*, los blancos y los ladinos explotan sin reparo a los indígenas, lo cual origina un estado de agitación en las comunidades, que no les permite a los oprimidos organizar sus demandas para alcanzar verdaderos cambios. Su lucha desorganizada por una escuela real no trae resultados: se rebelan contra el patrón y se adueñan de la finca, pero no saben ponerse de acuerdo sobre el manejo de la propiedad, lo cual resulta en un caos. En el conflicto de géneros tampoco hay remedio. Zoraida, la

madre de la pequeña Arguello, a pesar de su propia condición subalterna, también internalizó la ideología de su grupo étnico y de su clase privilegiada, y desprecia a los indios al igual que su marido. La esposa del líder indígena, Juana, internaliza el modelo de conducta de Zoraida y lo repite: también expresa su desprecio hacia los que están más bajo que ella en la escala jerárquica de su grupo. El único puente que parecía tenderse entre los mundos se constituyó a través de la relación afectiva entre la hija del terrateniente y su nana. Sin embargo, este puente era muy frágil y la esperanza resulta efímera. Al final de la novela, cuando la niña regresa a su casa después de una larga ausencia, ya no encuentra a su nana, despedida de su casa por su madre, quien la despreciaba por su origen étnico. La joven la busca, pero no la puede reconocer en la calle, de modo que la comunión entre la niña blanca y la nana mestiza fracasa. Según acierta Victorien Lavou Zoungbo, “Lo importante es quedarse blanca, lo cual no da pie a ninguna confusión. La experiencia final de la niña concreta un cuestionamiento de la ideología del mestizaje (fusión del indio y del blanco), que unos alardeaban en la producción simbólica nacional como expresión idónea de lo mexicano, de la sociedad mexicana” (p.47). La niña, ya mayor, comienza a hablar el lenguaje de su clase privilegiada:

Ahora vamos por la calle principal. En la acera opuesta camina una india. Cuando la veo me desprendo de la mano de Amalia y corro hacia

ella, con los brazos abiertos ¡Es mi nana! ¡Es mi nana! pero la india me mira correr, impasible, y no hace un ademán de bienvenida [...] Nunca, aunque yo la encuentre, podré reconocerla. Hace tanto tiempo que nos separaron. Además, todos los indios tienen la misma cara(p.292).

En *Treinta años*, el puente social establecido en la joven protagonista también resulta frágil. Cuando Delmira participa en la manifestación de protesta por la muerte del papá de su amigo que era un líder popular que “buscaba el bienestar para todos, la justicia, salarios y trabajos mejores” (p.210), al día siguiente enfrenta la represión: el pueblo se encuentra invadido por las tropas enviadas desde otra región, que matan a decenas de participantes en las protestas y llevan a otros a la cárcel. Ella también es aprehendida, pero gracias a la rápida acción de su tío Gustavo quien tiene muchas influencias en el gobierno, logra huir del país. Su emigración ocurre en el año 1967, un poco antes de la masacre de los estudiantes en Tlatelolco. La violencia la sorprende al igual como sorprendió a los jóvenes capitalinos un año después. La represión del gobierno se da para el escarmiento de los demás. Delmira se salva, pero está consciente que por su solidaridad con las demandas del grupo oprimido no puede contar más con la aceptación de su familia que es de la clase privilegiada. A la vez, siente amargura por la reacción del resto de su pueblo ya que nadie abogó por ella cuando los militares la llevaban esposada hacia el lugar donde indudablemente la

esperaba todo tipo de vejaciones, si no la muerte. Ante la realidad terrible de la vida, ésta huye del país y de los conflictos que lo aquejan. Tiene suerte de salir con vida de la represión ya que le ayuda su tío gracias a sus conexiones con las autoridades. Pero su emigración simbólicamente acaba con la posibilidad de unión entre los grupos. Estando en Europa, Delmira no tiene ni intención, ni ganas de regresar a la selva. Hasta cierto punto extraña a su tierra, lo cual señala con su queja sobre la gripe, el cielo gris y la nieve de Berlín donde vive. Sin embargo, el destierro – aunque sea un drama personal – resulta mejor que someterse otra vez a la realidad de aquel mundo.

Si la brecha entre los grupos sociales y entre los géneros resulta imposible de cerrar, peor aún es el problema de la división entre los seres humanos y el ente no-humano que es la selva. En este caso no hay ningún puente a nivel novelesco. La selva solo se percibe como un ser misterioso del que se abusa, pero también uno al que hay que temer. Sobre todo, deben de temerle los blancos cuya presencia no es bienvenida y por eso les ocurren varios desastres. En *Balún Canán*, el joven heredero de la fortuna de los Argüello muere por un mal misterioso relacionado con el lugar y la tía Matilde se pierde porque se la lleva el espíritu de la montaña, *dzulum*. En *Treinta años*, las picaduras de insectos causan *insomnía* a una tía de la protagonista, mientras una gitana le advierte a Delmira que si se queda a vivir en este lugar se va a quemar por dentro y por fuera: “Les pasa lo mismo a las güeras como tú que comen de más

lo de estas tierras, ¡ten cuidado, niña, ten cuidado!” (80). Aunque también los indios sufren de los males relacionados con la vida el ambiente selvático, tales como la fiebre amarilla, las mordeduras de serpientes, el calor sofocante y las lluvias torrenciales, sin embargo el mensaje sobre la incompatibilidad de los mundos se centra en los blancos. En algunos momentos parece que el medioambiente toma partido y agrede a las personas que causan conflictos, como en el caso de los soldados que llegan por primera vez al pueblo para amedrantar a los inconformes: “A las once con catorce minutos, hora del reloj del centro [...], los soldados comenzaron a desplomarse. [...] De lo que a nadie le cupo duda es de fue que el sol quien los venció. El calor acabó con ellos, tumbándolos uno por uno” (p. 74). Pero queda claro que en realidad, la naturaleza se rige con sus propias reglas y las fuerzas opresoras de la sociedad también encuentran manera de subyugarla. Ni siquiera las niñas de las dos novelas pueden mediar bien entre los dos mundos. La protagonista de *Balún Canán* no revela ningunas emociones hacia la selva, mientras que en *Treinta años* Delmira hasta expresa un sentimiento adverso cuando habla de uno de los personajes del pueblo que “como si fuera forastero, no detestaba ni siquiera un poco la puerca selva” (p. 178).

Esa falta de empatía con el ente no-humano se remedia sin embargo a nivel de autoras. Al destacar los problemas de medioambiente, tanto Rosario Castellanos como Carmen Boullosa muestran una consciencia de las fuerzas que controlan la vida y ejercen la

crítica de las actitudes abusivas de los humanos que afectan tanto a personas como al medioambiente. En los dos textos la selva es un espacio maltratado y explotado por el sistema patriarcal, mismo que somete al abuso a los grupos sociales tales como las mujeres y los indígenas. La actitud de las dos escritoras se compagina con el empeño de la ecocrítica, así como los de la crítica feminista:

Women must see that there can be no liberation for them and no solution to the ecological crisis within a society whose fundamental model of relationships continues to be one of domination. They must unite the demands of the women's movement with those of the ecological movement to envision a radical reshaping of the basic socioeconomic relations and the underlying values of this [modern industrial] society. (Ruether, p. 204)

Tanto en *Balún Canán*, como en *Treinta años*, los grupos que en otras circunstancias no tienen ni voz, ni voto llegan a tener representación. Aunque los conflictos que narran las protagonistas refieren principalmente a las relaciones entre los humanos, éstos se relacionan con los problemas de medioambiente y de este modo la selva también llega a tener representación. La denuncia que formulan los discursos de las narradoras atañe al orden social imperante que ocasiona la subordinación y la explotación de unos grupos por parte de otros, falta de educación, desprecio de las prácticas culturales y el enorme atraso de la zona. Las dos novelas muestran una

división clara entre los grupos que tienen el poder y los que no lo tienen; los que someten y los sometidos. El medioambiente resiente los conflictos que se crean entre los dos grupos y ostenta los signos de una degradación rápida que a la larga va a afectarlos a todos. El problema origina en las relaciones de dominio y el poder. La selva, descrita tantas veces por los foráneos

como un paraíso se muestra a través de estas narraciones como un lugar de exclusión y confinamiento, tanto social como cultural, además como otro ser maltratado por el mismo poder que somete a los abusos a los grupos sociales. Y aunque las dos novelas son de ficción, hay que recordar que "La ficción no tiene que ser concebida como lo no-real, sino como uno de los medios

más valiosos (quizá el único) de poder conocer la realidad" (Gómez Redondo, pp. 127-128). El vínculo ser humano — naturaleza — medio ambiente y la importancia de su preservación queda marcado por las autoras de las dos novelas, mostrando su preocupación por las consecuencias de las actitudes humanas para la vida en nuestro planeta.

Referencias

Boullosa, Carmen. (1999). *Treinta años*. México: Alfaguarra.

Branch, Michael P., Rochelle Johnson, Daniel Patterson, and Scott Slovic. (1998) *Reading the Earth. New Directions in the Study of Literature and the Environment*. Moscow, ID: University of Idaho Press.

Castellanos, Rosario. 81957). *Balún-Canán*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Escajadillo, Tomás. 1990. *La narrativa indigenista: dos estudios*. Lima: Juan Mejía Baca.

Fabian Branez, Leonor Nora. (2009). "Literatura hispanoamericana del siglo XX en el contexto de la Amazonia". *Anais do V Congresso Brasileiro de Hispanistas*. Facultad de Letras da UFMG.

Gómez Redondo, Fernando. (1994). *El Lenguaje Literario*. Madrid: Editorial EDAF.

Rollason, Christopher. (2006). "A Woman schooled in Latin': Rosario Castellanos, Ambassador of Mexico and Chiapas. Review of *Balún Canán* (Novel edited by Dora Sales Salvador)". New Delhi: *Hispanic Horizon*, Vol. XXIV, No 26. <http://yatrarollason.info/files/ROSARIOEN.pdf>

Certau, Michele de. (1986). *Heterologies: Discourse on the Other*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Chávez Pérez, Fidel. (1999). "Tiempo y Ficción en *Treinta años* de Carmen Boullosa". *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*, número 007. Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM), Monterrey, México. <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/384/38400707.pdf>

Lavou Zoungbo, Victorien. (2001). *Mujeres e indios, voces del silencio. Estudio sociocrítico de Balún Canán de Rosario Castellanos*. Roma: Bulzoni Editores.

Mancusi, Mariana I. y Claudio Faccio. (1999). *Antropología social*. Buenos Aires: Docencia.

Marcone, Jorge. (2007). "La fiebre de la selva: ecología de la desilusión en la literatura hispanoamericana". Centro Cultural BID. *Encuentros*. No. 58. Noviembre de 2007.

Ruether, Rosemary Radford. (1975). *New Woman/New Earth: Sexist Ideologies and Human Liberation*. New York: The Seabury Press.

Smith, Sidonie y Julia Watson. (2001). *Reading Autobiography. A Guide for Interpreting Life Narratives*. Minneapolis: University of Minnesota Press.